

Metafísica I
Eudaldo Forment

Miguel García López
Curso 2009/2010

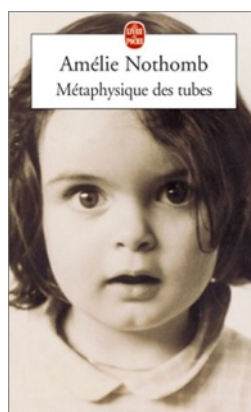
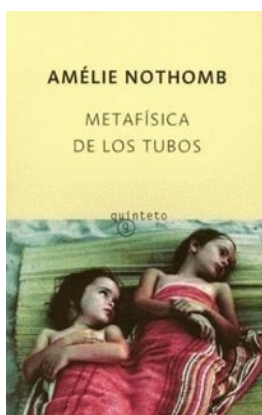
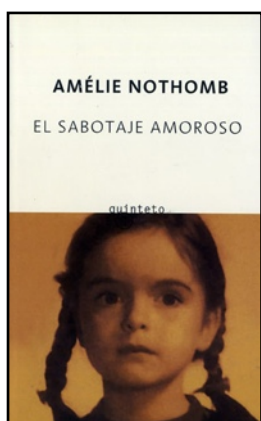
Acerca de *Metafísica de los tubos,*
de Amélie **Nothomb**



Introducción

Los libros de Amélie Nothomb son de esa clase de libros que *tocan*, que remueven algo dentro, que transforman la perspectiva de quien los lee. Siempre he tenido ganas de estudiar a fondo alguna de sus novelas, reflexionar pausadamente sobre sus temas y los conflictos de sus personajes, ir más allá de ese primer impacto que siempre me provoca su lectura.

A lo largo del desarrollo de la novela que he elegido para este trabajo, *Metafísica de los tubos*, su protagonista se enfrenta al descubrimiento del mundo, del lenguaje y del placer. Estos tres descubrimientos vitales son los tres temas fundamentales sobre los que tratará este trabajo.



La estructura que desarrollaré en mi análisis refleja en parte la del libro, que también se divide en tres momentos, según la evolución de la protagonista:

1. «En el principio no había nada...» así empieza la novela, con una analogía del *Génesis*. La narración es en tercera persona y la protagonista un bebé/Dios al que no le interesa el mundo.
2. La segunda parte de la novela narra su apertura al mundo, propiciado por el descubrimiento del placer y la adquisición del lenguaje.
3. En la tercera parte se enfrenta con el significado de la dualidad entre vida y muerte a partir de la experiencia del fallecimiento de su abuela, las historias de su niñera sobre la guerra y de estar a punto de ahogarse en el mar.

Al inicio estaba la nada. Y Dios vivía en esa nada hasta que fue echado al mundo. Durante sus dos primeros años fue inacción. Carecía de mirada. Pero despertó. Y lo que despertó a Dios fue el placer del chocolate. El placer en sí. Y desde ese instante Dios fue consciente de sí mismo. Buscó el mundo y le dio nombre a las cosas. Le aburrió el teatro “nō”. Y le gustó el mar.

ÍNDICE

Introducción	2
Amélie Nothomb	4
El yo y el mundo: la mirada	5
El placer: principio y fin	8
Pensamiento y lenguaje	10
Entre dos aguas	12
Bibliografía	14

«Amélie Nothomb es una de esos autores que crea adicción.»

Ana María Moix

Amélie Nothomb nació en Kobe, Japón, en 1967. Su padre fue embajador de Bélgica, por lo que pasó su infancia y adolescencia en Extremo Oriente. Tras Japón se suceden China, Nueva York, Bangladesh y Laos.

Es interesante conocer algunos datos de la biografía de la autora y de la relación que establece entre la escritura y su cuerpo. Ella misma declara que la escritura vino a salvarla de la anorexia, que comenzó a sufrir cuando tenía solamente trece años. Amélie se resistió a abandonar el paraíso de la niñez, vivió como un castigo la transformación de su cuerpo.

El tema del exilio es tratado en la novela de la que trata este trabajo. Marcharse de Japón fue su particular expulsión del Edén: «Acababa de enterarme de la terrible noticia a la que, un día u otro, todo humano tiene que enfrentarse: lo que amas, lo perderás. “Lo que te ha sido dado te será arrebatado”»: así es como se formula el desastre que iba a convertirse en el *leitmotiv* de mi infancia, de mi adolescencia y de las peripecias subsiguientes.»¹

Para Amélie, la escritura tiene similitudes con el ascetismo religioso. Para escribir provoca una tensión del cuerpo y el espíritu, se levanta temprano y escribe en ayunas: «Hay que estar vacía para escribir; cuanta más hambre, más se siente el goce físico de la escritura»².

A propósito de la anorexia, la autora escribirá: «el cuerpo desaparece poco a poco; es increíble ver hasta qué punto los problemas con los otros desaparecen cuando no hay más cuerpo»³. Esos problemas derivaban de la inadaptación a su nueva vida en Bélgica. Gracias a la escritura podrá extraer algo de su problemática: «Todas las destrucciones que he vivido me han aportado algo»⁴.

Todo escritor tiene sus traumas personales y sus temas fetiche. La diferencia quizá sea que Amélie es muy consciente de ellos. Sus libros hablan de un hambre que va más allá de lo físico y de la búsqueda metafísica del grial del deseo, a menudo empañada por el enfrentamiento con los demás, que se levantan a nuestro alrededor como barrotes que nos impiden trascender.

¹ NOTHOMB, A. *Metafísica de los tubos*. Sergi Pàmies (trad.). Anagrama. 2006, p. 113.

² *Ibid.*

³ En: MARTÍ, Octavi. *La novela exótica de Amélie*. *El País*. 09/01/2005.

⁴ *Ibid.*

«Shut your eyes and see (Cierra los ojos y ve).»

James Joyce. *Ulysses*

El mundo y el yo: La mirada

Podemos distinguir tres tiempos en la novela, según la evolución de la protagonista; en el primero la narración es en tercera persona y la protagonista un bebé-Dios al que no le interesa el mundo.

«*Le rien faisait mieux que lui convenir: il le comblait* (La nada era más que suficiente: lo colmaba)»⁵. En la eternidad, este Dios se encuentra saciado: no quería nada más, ni esperaba que fuese posible.

El narrador de la novela habla de Dios como *el tubo*, porque sus únicas actividades eran “la deglución, la digestión y, como consecuencia directa, la excreción”⁶, sin darse cuenta de ninguna de ellas. “Filtraba el universo y nada retenía”⁷.

La clave está en que “los alimentos, siempre los mismos, no resultaban lo suficientemente estimulantes para que él los percibiera”⁸.

“Existe una metafísica de los tubos – explica Amélie – (...) los tubos son una singular mezcla de plenitud y vacío, de materia hueca, una membrana de existencia que protege un haz de inexistencia”⁹.

Se nos habla de los padres del tubo, y sabemos que es un bebé, aunque sus padres lo consideraran casi una planta. Experimentan con acciones límite como dejarlo sin comer por un tiempo para provocar una reacción, pero él acepta la inanición como lo acepta todo. Como diría Epicuro, «el ser divino (..) no tiene dificultades, ni las crea a otros, de manera que no se deja coaccionar por iras ni por favores»¹⁰.

⁵ NOTHOMB, A. *Op. cit.* p. 7 (p. 5 en la original francesa).

⁶ *Ibid.*, p. 9.

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*

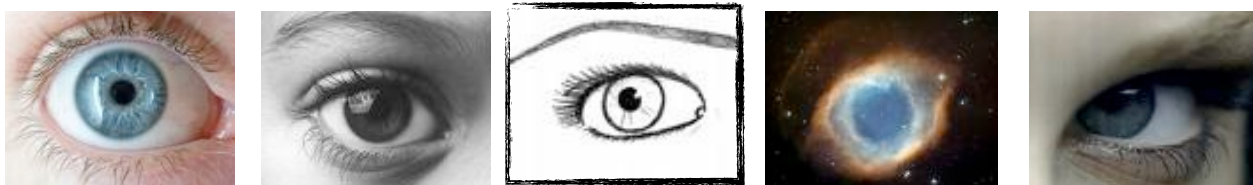
¹⁰ EPICURO. *Máximas capitales.*

«El tubo (...) era pura y simple pasividad. Nada le afectaba, ni los cambios de clima, ni el anochecer, ni los cien pequeños tumultos cotidianos, ni los grandes e insondables misterios del silencio»¹¹.

La caracterización de este ente del que habla Amélie me recuerda un poco al Dios de Aristóteles, ese *motor inmóvil* independiente del mundo. «Dios era la encarnación de la fuerza de inercia, la más poderosa de las fuerzas. (...) ¿Existe acaso algo más extraño – se pregunta el narrador – que ese implacable poder que emana de lo que no se mueve?»¹².

La idea de Dios que tenemos comúnmente difiere bastante de la del Estagirita. Es difícil aceptar el rango de divinidad que la niña-Dios se otorga, porque constatamos que depende de sus progenitores para existir, y que su condición de tubo sólo se mantiene en la medida en que la dotan de alimento. La dependencia es contraria a la definición clásica de Dios.

Asimismo, dice, carecía de mirada. “¿Qué es la mirada? (...) Ninguna palabra puede aproximarse a su extraña esencia. (...) La vida comienza donde empieza la mirada”¹³. Antes de la mirada, la niña-Dios no piensa, ni conoce el mundo. Sin autoconciencia no hay conciencia del mundo.



«No hay objeto sin sujeto es el principio que hace imposible de una vez por todas cualquier materialismo. (...) Una larga serie de variaciones ha traspasado la masa originaria antes de que pudiera abrirse el primer ojo. Y sin embargo – resalta Schopenhauer – la existencia del mundo entero seguirá dependiendo siempre de este primer ojo que se abrió (...) en cuanto necesaria mediación del conocimiento»¹⁴.

«Por un lado, vemos necesariamente cómo la existencia del mundo depende de la primera entidad cognoscente (...); de otro lado, vemos con igual necesidad cómo este primer animal cognoscente depende de una larga cadena de causas y efectos que le precede, y de la que él mismo es un pequeño eslabón»¹⁵.

¹¹ NOTHOMB, A. *Op. cit.* p. 11.

¹² *Ibid.*, p. 13.

¹³ *Ibid.*, p. 8.

¹⁴ SCHOPENHAUER, A. *El mundo como voluntad y representación*. I, §7, 36.

¹⁵ *Ibid.*

“La mirada es una elección. El que mira decide fijarse en algo en concreto y, por consiguiente, a la fuerza elige excluir su atención del resto de su campo visual. Ésa es la razón por la cual la mirada, que constituye la esencia de la vida, es, en primera instancia, un rechazo”¹⁶.

El descubrimiento del mundo implica filias y fobias. Aceptar cosas y rechazar otras. A menudo, nuestras expectativas no son cumplidas por la realidad; no se puede hacer todo lo que se quiere, no se consigue todo lo que se proyecta, el mundo presenta resistencias. No sólo el no-yo, como explicaban los idealistas, sino que también yo me pongo obstáculos a mi mismo, a veces inconscientemente.

«*Vivre signifie refuser*»¹⁷. Vivir significa rechazar, dice Amélie, en una caracterización negativa de la elección. Vivir es aprender a decir que no, entre infinitas posibilidades no elegir algunas, jerarquizar valores. El tubo no vivía porque no escogía, no rechazaba nada, lo aceptaba todo sin juzgarlo.

Siendo el tiempo “una invención del movimiento”¹⁸, el tubo inmóvil no concebía el paso del tiempo, vivía en una especie de eternidad, de presente suspendido. Antes de la mirada no hay tiempo, no hay ningún *antes*. La conciencia del tiempo surge cuando hay una memoria – un yo – y una conciencia abierta al mundo, dirigida hacia sus objetos.

¿Para qué acabar con el estado de serenidad, plenitud y vacío que la condición de tubo le aporta? ¿Cómo despierta esta niña-Dios al mundo? La segunda parte de la novela se inicia cuando, un día aparentemente normal, el bebé comienza a gritar; con dos años despierta del estado anterior, «se golpea furioso contra los barrotes de su jaula»¹⁹.

Sus ojos cobran mirada, el negro de sus pupilas se dilata por la rabia. La niña se vuelve hacia el mundo, descubre que los objetos existen sin necesidad de ella, y eso le enfurece aún más; también le enfurece no poder hablar, porque «había observado que, con la boca, los padres (...) producían sonidos articulados muy concretos: aquel proceder parecía permitirles controlar las cosas, anexionárselas.»²⁰

No duda de su divinidad, pero no puede articular palabras: “sentía en su interior un poder gigantesco y se ofuscaba al comprobar que era incapaz de ejercerlo”²¹.

¹⁶ NOTHOMB, A. *Op. cit.* p. 17.

¹⁷ *Ibid*, p. 18 (p. 17 en la original francesa).

¹⁸ *Ibid*, p. 16.

¹⁹ NIETZSCHE, F. *La genealogía de la moral*. II, 16.

²⁰ NOTHOMB, A. *Op. cit.* p. 25.

²¹ *Ibid*, p. 26.

El placer: principio y fin

Con dos años y medio el bebé sigue furioso, hasta el momento en que su abuela le visita y le ofrece una barrita de chocolate blanco. “Se produce el milagro”²². Aparecen la conciencia del yo y el principio del placer²³. Escucha su pensamiento, que dice “soy yo, yo soy quien vive, quien habla”. Antes del placer era un tubo, pero ahora se concibe de forma distinta. En la narración se produce el paso a la primera persona: “Fue entonces cuando nací, a la edad de dos años y medio (...) por obra y gracia del chocolate blanco”²⁴.

«*Le plaisir est une merveille, qui m'apprend que je suis moi* (El placer es una maravilla, que me enseña que yo soy yo)»²⁵.

La postura de Amélie es de un existencialismo hedonista, que se manifiesta plenamente en la pregunta «¿Para qué matarse a nacer si no es para experimentar el placer?»²⁶.

“El animal furioso había comprendido que existía una justificación a tanto aburrimiento, que el cuerpo y el espíritu servían para gozar”²⁷.

Siguiendo a Epicuro, «tan pronto como lo alcanzamos [el placer], cualquier tempestad del alma se serena (...) Y por este motivo afirmamos que el placer es el principio y el fin de una vida feliz [Και δια τουτο την ηδονην αρχην και τελος λεγομεν ειναι του μαχαριως ζην], a partir del cual iniciamos cualquier elección o aversión y a él nos referimos al juzgar los bienes»²⁸.

El placer le otorga una identidad (el placer da nombre a su instrumento, el *yo*) y una memoria. El recuerdo es aliado del placer, permite *prolongarlo* de alguna manera.

No hay placer sin *yo*, no hay *yo* sin placer. Sin conciencia no es posible la autoconciencia. Todo conocer es un *para mí*. El chocolate es lo primero de lo que es consciente desde ella misma, el primer *para mí*. El placer de convierte en el principio a partir del cual organizará su mundo, Pero el descubrimiento del placer conlleva por comparación el del displacer.

²² *Ibid*, p. 26.

²³ principio que, según Freud, rige la finalidad de la actividad mental: evitar el displacer y procurar el placer.

²⁴ NOTHOMB, A. *Op. cit.* p. 31.

²⁵ *Ibid*.

²⁶ *Ibid*, p. 33.

²⁷ *Ibid*.

²⁸ EPICURO. *Carta a Meneceo*.

La memoria y el placer

“¿Para qué recordar nada que no esté relacionado con el placer?”²⁹, se pregunta Amélie. La psicología actual afirma sin ninguna duda los beneficios del olvido. Olvidar es necesario, y un síntoma de buena salud mental.

Sin embargo, también me parece necesario recordar lo no placentero, las contrariedades que nos hemos visto obligados a enfrentar y que nos han provisto de conocimiento o recursos para superar problemas futuros. El yo no puede ni debería ser sólo una memoria del placer.

«Es cierto que no recuerdo la preocupación de mis padres – explica –, las conversaciones con sus amigos, etc. Pero no he olvidado nada de lo que realmente valía la pena: el verde del lago en el que aprendí a nadar, el olor del jardín, el sabor del aguardiente de ciruelas probado a escondidas...»³⁰.

La memoria sensorial es poderosa. Todos hemos tenido alguna vez una experiencia similar a la de Proust con la famosa magdalena mojada en té. El poder evocador de los sentidos produce en él una avalancha de recuerdos que le retrotraen a su infancia. La magdalena había sido asociada a la felicidad de la infancia y recuperaba ahora inesperadamente aquel placer. La neurociencia ha comprobado que recordamos mejor nuestra niñez que lo que hicimos el mes pasado, pues para asentar en la memoria los recuerdos de largo recorrido olvidamos otros más recientes.

«Desde hace mucho tiempo, existe una inmensa secta de imbéciles que oponen sensualidad e inteligencia (...) se privan de placeres para exaltar sus capacidades intelectuales, lo cual sólo contribuye a empobrecerles. (...) El deleite, en cambio, nos hace humildes y admirativos con lo que lo produce, el placer despierta la mente y la empuja tanto hacia la virtuosidad como hacia la profundidad»³¹.

Revela aquí Amélie la profunda influencia que tuvo en su adolescencia la lectura de Nietzsche, que critica en *La genealogía de la moral* esa identificación maniquea de lo corporal con lo negativo y lo intelectual con lo bueno, producida por la inversión de valores.

En este momento de la novela ya hay mirada, placer y elección. A partir del despertar al placer hay una toma de conciencia, así como un movimiento de apertura a los otros. Aparecerá ahora el goce de la palabra: la niña descubre que hablar es un acto tan creador como destructor, y que nombrar a alguien es darle una existencia; decide pronunciar primero “mamá” y “papá” para no herir los sentimientos de sus padres, y la alegría que provoca en ellos la hace reflexionar sobre la importancia de la palabra: demostraba a los individuos que estaban allí.

²⁹ NOTHOMB, A. *Op. cit.* p. 35.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibid.*, p. 33.

«Existe un lenguaje que va más allá de las palabras.»

Paulo Coelho

Pensamiento y lenguaje

Una de las cosas que más me sorprende de los niños pequeños es ver como adquieren el lenguaje. Hace no mucho asistí a una barbacoa a la que también acudió una pareja de amigos con su hija pequeña, con apenas dos años.

La niña observaba la casa y a la gente en silencio, con respetuosa timidez, hasta que vio un osito de peluche azul turquesa sobre la cama. Cogió al oso de la mano y salió a la terraza. De repente empezó a reír sin razón aparente, como si hubiese recordado algo gracioso. Reacciones como esta me reafirman en la convicción de que el pensamiento es anterior al lenguaje, como afirmaba Piaget:

«El lenguaje no basta para expresar el pensamiento, pues las estructuras que caracterizan a éste último hunden sus raíces en la acción y en mecanismos sensomotores más profundos»³².

Cuando ve al bichon habanés que vive en la casa grita entusiasmada «*Le chien!*». Estira el brazo completamente para señalarlo mientras repite «*Le chien!*» como otorgándole aquel nombre, dándole sentido abstracto a su existencia concreta.

Construyo mi realidad al nombrarla

Es el hombre, al darles nombre, el que determina la aparición de los objetos. El lenguaje es un modo de relación intersubjetiva en el que se constata la objetividad. Es necesario para comprender el mundo y para comunicarnos unos con otros.

Elaboro mi realidad al darle nombre. Y este nombrar es absolutamente necesario: en la película de *Desayuno con diamantes*, Audrey Hepburn se niega a darle un nombre a su gato; pero al enunciar esa negación no puede evitar darle un nombre, aunque genérico: le llama «gato». Sin nombres no podemos comunicarnos acerca de los objetos del mundo.

Pero el lenguaje es también expresión elegida de la interioridad, en definitiva, el medio por el que el sujeto constituye y expresa su individualidad.

³² Piaget, J. (*apud* ARCE, J.L.)

Noam Chomsky comparó el problema de cómo adquiere un niño el lenguaje con aquel del joven esclavo del *Menón* de Platón al que nadie le había enseñado geometría.

Las preguntas formuladas por Sócrates no contenían suficiente información para resolver el problema, de modo que el esclavo había tenido que contribuir con conocimientos que poseía sin ser consciente de ellos. El platonismo afirma que ese conocimiento a priori es adquirido en una existencia previa.

Aunque nadie le enseñe gramática, el niño llega a manifestar un conocimiento concreto de la gramática de su lengua materna, pero no como la explicaría un filólogo, sino tal como se utiliza en la práctica.

El niño, a pesar de una limitada experiencia (el número finito de frases que ha ido escuchando a lo largo de sus primeros años de vida) es capaz de determinar la corrección o incorrección en nuevas frases que no ha escuchado antes. Según Chomsky, la explicación estaría en la existencia de una capacidad innata, o gramática universal, adquirida por la especie humana a lo largo de su historia evolutiva. La evolución biológica habría creado un mecanismo especializado en la adquisición de cualquier lenguaje humano.

Amélie Nothomb, conscientemente o no, parece estar de acuerdo con Chomsky, pues afirma que «para mí no existían idiomas, sino una única e inmensa lengua de la cual uno podía elegir las variantes japonesa o francesa, según. Nunca había oído una lengua que no entendiese»³³.

Recientes estudios han descubierto que la música acelera el proceso de aprendizaje de los bebés. Esto es así porque el ritmo y la melodía preceden a nuestra capacidad de hablar³⁴.

³³ NOTHOMB, A. *Op. cit.* p. 48.

³⁴ Cfr. PUNSET, E. Revista Esquire. Noviembre de 2009.

Entre dos aguas

Hay dos momentos de la novela en la que la protagonista se encuentra entre dos aguas, entre la vida y la muerte.

En una de sus primeras visitas al mar, la joven Amélie se aleja demasiado de la orilla y está a punto de ahogarse: “Pronto ya no tuve fuerzas para mover mis extremidades y me dejé arrastrar hasta el fondo. Mi cuerpo se deslizó bajo las aguas. Sabía que aquellos momentos eran los últimos de mi vida y no quería perdérmelos: intenté abrir los ojos y lo que vi me fascinó. La luz del sol nunca había sido tan hermosa como a través de las profundidades del mar. El movimiento de las olas propagaba ondas centelleantes. Aquello hizo que me olvidara del miedo a la muerte³⁵”.

Es finalmente rescatada y tumbada en la arena se pregunta si se sentía feliz de no haber muerto. “¿Me gustaría no existir? «Nunca habría estado aquí para saber si me gustaba o no» me dije con lógica³⁶ parafraseando a Epicuro.

Reflexiona enseguida sobre lo que ha ganado al ser rescatada: “Sobre mí, las magníficas nubes. Delante de mí, el admirable mar. Detrás de mí, la infinita playa. El mundo era hermoso: merecía la pena vivir³⁷”.

El día en que cumple tres años espera que le regalen un elefante de peluche, y en vez de eso le regalan tres carpas, que la decepcionan y horrorizan. Alimentar a las carpas es la primera cosa repugnante que descubre, y esa decepción marcará un antes y un después. Había perdido algo que no se recupera jamás: la confianza en la benevolencia del mundo.

Las carpas le imponen la visión de su tubo digestivo: “¿Te parece repugnante? En el interior de tu vientre ocurre lo mismo (...) La vida es un tubo que engulle y que permanece vacío³⁸”.

El rechazo a la sensación de asco que esto le produce es tan grande que acaba dejándose caer al estanque de las carpas: “Me flojean las piernas. No lucho³⁹”.

³⁵ *Ibid*, p. 67.

³⁶ *Ibid*, p. 68.

³⁷ *Ibid*, p. 68.

³⁸ *Ibid*, p. 132.

³⁹ *Ibid*, p. 133.

Allí, dice, “la calma se restablece a mi alrededor. Mi angustia se ha hundido. Me siento muy bien. Es curioso. La primera vez que me ahogué sentía dentro de mí una rebelión, un rabia, una intensa necesidad de liberarme de todo aquello”⁴⁰.

Serena, contempla el jardín desde el agua y le parece hermoso, piensa que nunca se ha sentido mejor y sonríe de felicidad. El yo se disuelve.

Vuelve a ser rescatada, esta vez contra su voluntad. Años después reflexionará:

“Todavía hoy, soy incapaz de responder con seguridad a la siguiente pregunta: ¿habría sido mejor que el camino terminase a finales de agosto de 1970?”⁴¹”

Dice que la existencia nunca la ha aburrido, pero como decía también Epicuro, «el sabio (...) ni desea la vida ni rehuye el dejarla, porque para él el vivir no es un mal, ni considera que lo sea la muerte»⁴².

A veces se pregunta si aquella caída no fue un sueño, un espejismo, una fantasía; pero entonces se mira al espejo y ve la cicatriz en la frente, que le confirma lo que sucedió.

“Lo que recuerdo con certeza es que, cuando estaba entre dos aguas, me sentía bien”⁴³.

⁴⁰ *Ibid*, p. 134.

⁴¹ *Ibid*, p. 142.

⁴² EPICURO. *Carta a Meneceo*.

⁴³ NOTHOMB, A. *Op. cit.* p. 143.

Bibliografía

NOTHOMB, A. *Metafísica de los tubos*. Sergi Pàmies (trad.). Anagrama. 2006.

NOTHOMB, A. *Métaphysique des tubes*. Albin Michel. 2000.

EPICURO. *Obras*. Montserrat Jufresa (ed. prol.). Tecnos.

SCHOPENHAUER, A. *El mundo como voluntad y representación*. Edición de Roberto R. Aramayo. FCE. 2003.

MARTÍ, Octavi. *La novela exótica de Amélie*. El País semanal. 2005.

ARCE, J.L. *Teoría del conocimiento*. Ed. Síntesis. 2007.

PICARD, Michael. *Noam Chomsky*. En: PICARD, M. *Esto no es un libro*. Francisco López Martín (trad.) Ed. Océano. 2009.